

R E S E Ñ A BIBLICA

JUDIT



Asociación
Bíblica Española

VERANO 2012
Nº 74

VERBO DIVINO



VERANO 2012 • Nº 74

JUDIT

Coordinador: Elisa Estévez López

EDITORIAL	Pág. 2	5. Judit en la tradición patrística (hasta Orígenes)	Pág. 43
SECCIÓN MONOGRÁFICA		Fernando RIVAS REBAQUE	
1. El libro de Judit: Introducción general	Pág. 5	SECCIÓN ABIERTA	
Francesc RAMIS DARDER		1. Judit, ¿un libro recomendable hoy? ...	Pág. 55
2. El rostro de Dios en el libro de Judit ...	Pág. 15	Dolores ALEIXANDRE, RSCJ	
Nuria CALDUCH-BENAGES		SECCIÓN DIDÁCTICA	
3. Judit, la mujer que contempla a Dios en la historia de su pueblo	Pág. 23	1. Santos y santos en el cine (1)	Pág. 64
Elisa ESTÉVEZ LÓPEZ		Juan Carlos GARCÍA DOMENE	
4. Perder la cabeza por una mujer bonita... ¿O entregarla voluntariamente? Judit y otras heroínas bíblicas	Pág. 33	SECCIÓN INFORMATIVA	
Mercedes L. GARCÍA BACHMANN		1. Boletín bibliográfico	Pág. 71
		2. Noticias	Pág. 71

EDITORIAL

La historia de Judit ha inspirado durante siglos a muchos pintores que han plasmado en sus obras la gesta de esta heroína israelita; sin embargo, este relato edificante y ejemplarizante no parece resultar muy inspirador para los lectores y lectoras actuales, que pueden encontrar una dificultad grande para comprender las estrategias de engaño que la protagonista emplea para seducir a Holofernes y la violencia de Judit, que elimina a su adversario cortándole la cabeza.

Ahora bien, la narración se dirige a los israelitas que atraviesan situaciones de dificultad, y, a través de la heroína Judit, quiere transmitir una esperanza que se fundamenta no en ellos mismos, sino en el carácter providente y protector de Dios. El relato habla así de un Dios que salva a su pueblo del sufrimiento, y su acción queda resaltada porque su actuación llega a través de una mujer viuda.

Para adentrarse en la historia es preciso en un primer momento comprender bien la estructura del libro, quién (un judío palestinese, fiel a la Ley de Dios, que escribió en hebreo o arameo, aunque la obra se conserve en griego) y cuándo se escribió (detrás parecen estar los acontecimientos de la época macabea), entender bien su género literario (relato metafórico de cariz edificante). De la mano de **Francesc Ramis**, el lector puede adentrarse en todas estas cuestiones introductorias y completamente necesarias para captar bien el mensaje de esta obra.

Podría pensarse que Judit es la protagonista del libro, y en un cierto sentido así es. Sin embargo, resulta sorprendente constatar que es el nombre de Dios el que se repite constantemente a lo largo del libro. De ahí que sea importante analizar este relato acercándonos a los títulos que se dan a Dios, a los calificativos que se le adjudican, para comprender bien que el Dios de Israel lo es de los últimos y los débiles, que es Señor de la historia, la de Israel y la de todo el universo, que es el Creador y que su palabra es siempre eficaz, que no abandona nunca a los que sufren. Así nos lo presenta el artículo de **Nuria Calduch**.

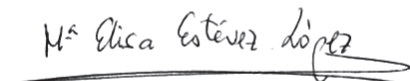
Si el libro de Judit contiene un mensaje teológico –Dios es el que salva a su pueblo–, es importante preguntarse cómo se relaciona la protagonista con él. Apenas se ha destacado de Judit el carácter creyente, su experiencia orante y contemplativa, de donde nace una gran confianza que la lleva a actuar con determinación, a corregir a los jefes de su pueblo que han dudado de Dios y a arriesgar su vida a favor de su pueblo. Desde la atalaya de “su habitación en la azotea”, Judit se ha abierto en

oración a Yahvé y ha cultivado el silencio y la interioridad, y desde allí ha entrado en comunión con su pueblo. El artículo de **Elisa Estévez** ofrece la clave para entender de dónde nace la fuerza de Judit, quién la instruyó en verdades tan profundas y quién la sostiene en su aventura como liberadora de Israel.

Otra ventana desde la que acercarse al libro de Judit es encontrar los paralelos con otras mujeres de Israel que comparten rasgos con ella, aunque también se diferencien. El artículo de **Mercedes García Bachmann** nos abre pistas para ello y establece los nexos con Débora y Yael, con mujeres anónimas de las que apenas sabemos nada, como la mujer anónima de 2 Sam 20, que negocia en una difícil situación, con Rut y Ester, con Dalila y con Míriam. Su artículo establece, además, algunas conexiones que ayudan a repensar estos modelos en la actualidad.

¿Cómo ha visto a Judit la tradición patrística? El artículo de **Fernando Rivas** recoge las referencias que los Padres, hasta Orígenes, hicieron de Judit. En todos ellos aparecen como *exempla* o modelo de conducta, de alguien de quien aprender cómo actuar en momentos de extrema dificultad: con la oración y la confianza en Dios. Es habitual encontrarla vinculada a Ester en estas referencias. Si Judit representa la acción, la oración y el riesgo, Ester aparece más vinculada a la humildad, el ayuno y la perseverancia. No obstante, la audacia que Judit ostenta frente a los ancianos y jefes de su comunidad, y que nacía de su profunda experiencia orante y contemplativa, de su confianza radical en Dios, es eliminada en estos escritos patrísticos, que prefieren cambiarla por su obediencia a las autoridades del pueblo.

Por último, **Dolores Aleixandre** se pregunta si Judit es un libro recomendable para hoy. Para nosotros sigue siendo normativo mantenernos conectados a los orígenes, la realidad de hoy, nuestra Betulia particular; sigue siendo una oportunidad para descubrir la cercanía de Dios y su Reino entre nosotros; el recurso a los medios humildes sigue siendo esencial en el anuncio del Evangelio; también la belleza puede llevar a descubrir a Dios.



M.ª Elisa Estévez López

EL LIBRO DE JUDIT: INTRODUCCIÓN GENERAL



Francesc Ramis Darder

Toda sociedad necesita referentes culturales y religiosos para mantener su identidad y acrecentar su prestancia. La figura de Judit constituye un referente paradigmático para la comunidad judía y la Iglesia cristiana. A lo largo del artículo esbozaremos las cuestiones generales propias del libro de Judit: la sinopsis argumental, el idioma del relato, la estructura, el contenido teológico, el género literario y la canonicidad. Una breve conclusión pondrá fin al estudio.

I. Sinopsis

El rey Arfaxad, soberano de los medos, amuralló la ciudad de Ecbátana. Nabucodonosor exigió el auxilio de otros monarcas para doblegar a Arfaxad, pero los reyes de Occidente desdénaron la llamada. Después de conquistar Ecbátana, Nabucodonosor eligió a Holofernes para que acabara con los occidentales rebeldes. Tras abatir numerosas naciones, Holofernes oteó el país de los judíos. El sumo sacerdote Joaquín, asustado por el envite, ordenó a los habitantes de Betulia que frenaran el avance enemigo, pues de su empeño dependía la subsistencia de Jerusalén.

Sorprendido por el arrojo, Holofernes requirió informes sobre el pueblo judío. Ajior, jefe amonita enroldado



con los asirios, informó al general. Cuando concluyó el relato, Ajior advirtió a Holofernes del riesgo del ataque, pues, si los judíos no habían cometido pecado, Dios lucharía a su lado y abatiría las huestes asirias. Dolido por la advertencia, Holofernes entregó a Ajior a los habitantes de Betulia para que pereciera con los judíos durante la conquista de la ciudad. Recluido en la villa, Ajior desveló los planes de Holofernes a los jefes de Betulia.

Los asirios ocuparon las fuentes para rendir la ciudad por sed. Cuando el agua se acababa, los judíos se inquietaron. Entonces Ozías, un jefe de la ciudad, conminó al pueblo a resistir cinco días; si al cabo del tiempo Dios no salvaba Betulia, Ozías la entregaría a Holofernes. Concedora de la respuesta, Judit, una viuda judía, increpó a Jarmís y Jabrís, jefes de la ciudad: “Saldré con mi sierva y antes de cinco días vendrá el Señor en defensa de Israel a través de la empresa que voy a realizar” (Jdt 8,33). Tras implorar el auxilio divino, se vistió de gala y, junto a su criada, se dirigió al campamento asirio. Al verla, los soldados la condujeron a presencia de Holofernes. Ante el general, la viuda auguró el inminente pecado del pueblo, pues, como sentenciara Ajior, sería el pecado la causa que precipitaría la caída de Betulia. Acogida en el campamento, Judit no comía alimentos impuros, cada noche se retiraba al raso a orar y purificaba su cuerpo con agua de la fuente.

Quando, al cuarto día, Holofernes banqueteaba con sus oficiales, hizo llamar a Judit. Los dignatarios dejaron solos en la tienda a Judit y Holofernes. Cuando el asirio se durmió, ahíto de vino, Judit, implorando el auxilio divino, tomó la cimitarra del general y le cortó la cabeza. Después huyó con su sierva hasta Betulia, llevando consigo la cabeza de Holofernes. Al entrar en la ciudad, los judíos la agasajaron, contentos de ver cómo el Señor había salvado la ciudad por mano de una mujer. Judit mostró a Ajior la cabeza del asirio; atónito ante el prodigio, Ajior se adhirió a la fe judía; después colocaron la cabeza en la muralla.

Al amanecer, los israelitas atacaron el campamento enemigo. Cuando los asirios los vieron, corrieron a llamar a Holofernes, pero, al encontrarlo muerto, fueron presa del pánico. Los israelitas los batiéron. El sumo sacerdote Joaquín, gozoso por la victoria y la salvación de Jerusalén, acudió a Betulia para contemplar la gesta y bendecir a Judit. La viuda se llenó de gozo y entonó un himno de alabanza; junto al pueblo, acudió a Jerusalén para agradecer al Señor la victoria. Tras volver de Sión, Judit concedió la libertad a su sierva y repartió su hacienda entre los pobres; vivió hasta los ciento cinco años, admirada por todos.

Las diferencias entre las diversas recensiones manifiestan la multitud de copias que los escribas hicieron del relato; el hecho insinúa el gran uso del libro entre los antiguos, tanto judíos como cristianos.

2. ¿En qué lengua se escribió el libro de Judit?

El libro de Judit ha llegado hasta nosotros en lengua griega. Las diversas formas textuales o *recensiones* en que ha llegado el relato griego pueden sistematizarse en cuatro: Hexaplar, Luciánica, A y B. La recensión Hexaplar contiene el texto transmitido por Orígenes (ca. 254). La llamada Luciánica es conforme con la Hexaplar, pero aun así contiene variantes significativas. La conocida como A tiende a abreviar el texto, mientras que la B, con la intención de obtener una lectura más inteligible, tiende a ampliarlo. Las diferencias entre las diversas recensiones manifiestan la multitud de copias que los escribas hicieron del relato; el hecho insinúa el gran uso del libro entre los antiguos, tanto judíos como cristianos.

Aunque solo dispongamos del texto griego, san Jerónimo (ca. 400) afirma en la introducción con la que prologa el libro de Judit que lo tradujo al latín valiéndose de un manuscrito arameo y de diversos manus-

critos latinos ya existentes. Analizando el estilo literario y considerando la opinión de san Jerónimo, podemos afirmar que el libro fue escrito en lengua hebrea o aramea y que después fue traducido al griego, lengua en que ha llegado hasta nosotros.

3. La estructura del libro de Judit

La estructura de una obra literaria constituye el pentagrama sobre el que el autor dispone la trama para que el lector pueda interpretarla con los instrumentos de la razón, la sensibilidad, la intuición y la creatividad. Cuando leemos el libro de Judit,

apreciamos la existencia de dos bloques literarios. El primero trata de las campañas de Nabucodonosor y de los preparativos bélicos de Holofernes para acabar con el pueblo judío (Jdt 1–7). El segundo describe el empeño de Judit para liberar, con la ayuda de Dios, a los judíos amenazados por Holofernes (Jdt 8–16). Ahondando en el análisis, podemos perfilar la estructura precisa de cada sección.

PRIMERA SECCIÓN: JDT 1–7

- a La fiereza de Holofernes, auspiciada por Nabucodonosor, conquista las naciones: Jdt 1,1–3,10.
 - b Israel se dispone a defenderse del ataque de Holofernes: Jdt 4,1–15.
 - c Holofernes habla con Ajior: Jdt 5,1–6,11.
 - c' Ajior habla con los israelitas: Jdt 6,12–21.
 - b' Holofernes se dispone a la guerra contra Israel: Jdt 7,1–5.
- a' Holofernes emprende el ataque contra Betulia mientras los israelitas piensan rendirse: Jdt 7,6–32.

Desde el aspecto literario, la estructura que hemos perfilado se denomina “paralelismo inverso”. El primer apartado (a) se corresponde inversamente con el último (a’): mientras Holofernes consigue la rendición de las naciones (a), no acaba de conseguir la rendición de los judíos (a’). El segundo apartado (b) se corresponde antitéticamente con el penúltimo (b’): cuando Israel se dispone a defenderse de Holofernes (b), Holofernes se prepara para la conquista de Betulia (b’). El tercer apartado (c) también se corresponde inversamente con el antepenúltimo (c’): por una parte, cuando Holofernes habla con Ajior, decide enviarlo a Betulia para que muera con los judíos durante la conquista (c); por otra, los judíos de Betulia dialogan con Ajior para acogerle en la ciudad (c’). En el centro del episodio, despunta la doble actitud respecto de Ajior: mientras Holofernes lo rechaza, los israelitas lo acogen.

El lector descubre que la bondad de Dios, oculta tras la identidad de Judit, salva a Israel del acoso extranjero; también descubre que Ajior, atónito ante la proeza de Judit, se adhiere al Dios de Israel.

SEGUNDA SECCIÓN: JDT 8–16

a Descripción de la identidad de Judit: Jdt 8,1-8.

b Judit se propone salvar a su pueblo: Jdt 8,9–10,8.

c Judit sale de Betulia: Jdt 10,9-10.

d Judit vence a Holofernes: Jdt 10,11–13,10a.

c’ Judit regresa a Betulia: Jdt 13,10b-11.

b’ El pueblo, atento a la proeza de Judit, vence a los enemigos: Jdt 13,12–16,20.

a’ Encomio de Judit: Jdt 16,21-25.

La segunda sección se entreteteje en torno a lo que llamamos “paralelismo análogo”. El primer apartado (a) señala la personalidad de Judit, mientras que el último (a’) la ensalza. El segundo (b) anuncia el empeño de Judit por salvar a su pueblo, y el penúltimo (b’) recalca el tesón de Judit para impeler al pueblo a la destruc-

ción de los enemigos. El tercero (c) enfatiza el momento en que Judit abandona Betulia, mientras que el antepenúltimo (c’) certifica su regreso. El centro de la sección (d) subraya la proeza de Judit, que abate a Holofernes.

La estructura del relato invita al lector a extraer dos conclusiones. Primera: el corazón de la primera parte (Jdt 1–7) confronta, como hemos visto, la maldad de Holofernes hacia Ajior con la bondad con que lo acoge la comunidad de Betulia (c-c’). A lo largo de la segunda sección, la victoria de Judit propicia la conversión de Ajior, mientras que la malevolencia de Holofernes desemboca en la derrota de los asirios. Segunda: el hondón de la segunda sección (Jdt 8–16) radica en la muerte de

Holofernes por el coraje de Judit, segura del auxilio divino. De este modo, el lector percibe las dos cuestiones decisivas que, a nuestro entender, conforman el relato. Por una parte, el lector descubre que la bondad de Dios, oculta tras la identidad de Judit, salva a Israel del acoso extranjero; por otra, descubre que Ajior, atónito ante la proeza de Judit, se adhiere al Dios de Israel.

De esta manera constatamos que el contenido del relato es tan importante como la forma en que la estructura lo dispone. A tenor del contenido y la estructura, el lector puede comenzar su personal proceso de conversión. Recordando la entereza con la que Dios salva a su pueblo, por mano de Judit, debe ahondar en su decisión de adherirse a la bondad de Dios, como hizo Ajior, atento a la actuación de Dios por medio de la heroína de Betulia. Así percibimos que el texto bíblico nunca es neutro. Entendido desde la fe, el libro de Judit renueva la convicción del corazón creyente en la fidelidad de Dios hacia su pueblo, a la vez que le impulsa a depositar con mayor ahínco su confianza en el Dios que libera.

4. Autor y lugar de composición del libro de Judit

El libro de Judit nace de la pluma de un autor anónimo. Aun así, podemos intuir entre sus páginas alguna información sobre su personalidad. Como decíamos antes, el libro constituye la traducción al griego de un texto hebreo o arameo. Desde ese horizonte, el autor ha de ser judío, y lo mismo el traductor que lo vierte al griego sin borrar el tono hebreo del relato, tono que despunta en las referencias al Dios de Israel (Jdt 6,21) o en la mención de los sacrificios del templo de Jerusalén (Jdt 4,14).

Ahora bien, el autor es un judío de fe profunda y buen conocedor de su religión. Por eso pone en labios de Judit la mención de la alianza (Jdt 9,13), realza la santidad del templo de Sión (Jdt 4,2-3; 8,21.24; 9,8-13; 16,20), encomia a la Ciudad Santa (Jdt 4,2; 10,8; 11,19; 15,9; 16,18.20), subraya la dignidad del sumo sacerdocio (Jdt 4,6.14-15: Joaquín), valora el diezmo (Jdt 11,13), conoce la liturgia del santuario de Jerusalén (Jdt 4,14; 9,1; 16,18) y alude a las disposiciones del Deuteronomio (Jdt 5,17-21; 11,10; cf. Dt 28-30). Como buen conocedor de la religión, pone en labios de Judit los nombres que la Escritura vincula a la identidad de Dios: el Señor (Jdt 4,2); el Dios de Israel (Jdt 6,21); nuestro Dios, Señor de nuestros padres (Jdt 7,28); Señor, Dios de mi padre Simeón (Jdt 9,2); Dios de mi padre y Dios de la heredad de Israel (Jdt 9,12); el Señor, Dios de Israel (Jdt 12,8).

En definitiva, el autor es un judío palestinese que escribió el relato en hebreo o arameo. La cultura religiosa del autor, como desvela el libro, permite adscribirlo al grupo de los fariseos: judíos especialmente fieles a la Ley de Dios, empeñados en mantener la identidad religiosa y cultural de la comunidad judía. Si el autor es un judío palestinese, el libro ha debido de nacer sin duda en Jerusalén, corazón religioso de la comunidad y ámbito principal de la actividad de los fariseos.

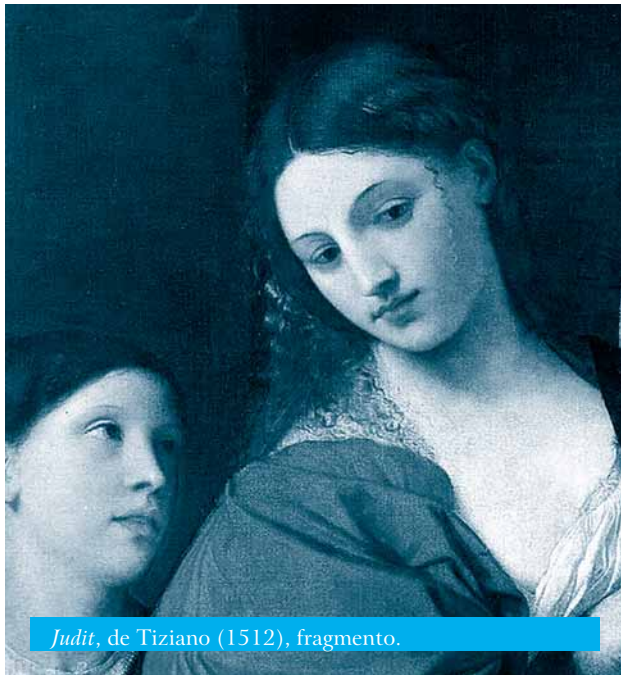


Judit, de Benjamin Constant (1880).

5. Cuándo y por qué se escribió y se tradujo el libro de Judit

A) LA REDACCIÓN

Cuando el historiador lee el libro de Judit, le vienen a la memoria los acontecimientos que trenzaron la etapa macabea. A partir del año 198 a. C., Palestina formó parte del Imperio seléucida, que se extendía desde la frontera de Egipto hasta abarcar Mesopotamia. Aunque agrupaba numerosos pueblos, la ideología helenista empapaba las líneas de gobierno y el tejido social. El helenismo tenía con el pensamiento griego las costumbres de los pueblos orientales; de ese modo, los seléucidas iban imponiendo la moda y la religión griegas en detrimento de la lengua y la religión propias de los pueblos orientales.



Judit, de Tiziano (1512), fragmento.

El rey Antíoco IV Epífanes (175-164 a. C.) decidió unificar la estructura del Imperio seléucida. Por esa razón, estableció la unidad lingüística, cultural y religiosa de sus Estados, es decir, tendía a sustituir la religión y la cultura propias de cada pueblo por el culto y el pensamiento helenísticos. El pueblo judío sufrió el acoso de Antíoco. El soberano entronizó la estatua de Zeus olímpico en el templo Jerusalén; así reemplazaba el culto hebreo por la religión de corte helenístico. Entre otras cuestiones, prohibió la circuncisión, penalizó la observancia del sábado y dificultó la práctica de las costumbres hebreas; de esta manera cercenaba la cultura y la idiosincrasia judías (1 Mac 1,29-40).

Los hebreos no permanecieron de brazos cruzados ante el despotismo de Antíoco. Encabezados por los hermanos Macabeos (1 Mac 2,1-14), muchos judíos se sublevaron contra las insidias de Antíoco. Lograron vencer a Antíoco IV y a sus sucesores, hasta proclamar la independencia del país del dominio seléucida. Gracias a la victoria macabea, el pueblo judío conservó su religión y su cultura. Si la comunidad hubiera claudicado ante los golpes de Antíoco, quizá hubiera sucumbido, como sucedió con otros pueblos orientales.

Los acontecimientos que acabamos de mencionar sugieren el entramado del libro de Judit. El totalitarismo de Nabucodonosor y Holofernes contra los judíos evoca el despotismo de Antíoco IV contra la comunidad hebrea. El miedo de los dignatarios de Betulia (Ozías, Jabrís y Jarmís) sugiere el pánico que embargó a los judíos, temerosos del ocaso de la religión y la cultura judías bajo el puño de Antíoco IV. La valentía de Judit alude al coraje de los hermanos Macabeos, que, enamorados de Dios y de su pueblo, batieron a los seléucidas. La muerte de Holofernes por mano de Judit y la derrota del ejército asirio apuntan al fin del dominio seléucida sobre la patria judía.

Así pues, el libro de Judit constituye el reflejo teológico de los acontecimientos que trenzaron la victoria

judía sobre la tiranía seléucida. A nuestro entender, fue escrito en hebreo o arameo a finales de la etapa macabea (150-140 a. C.), una vez asentada la independencia judía, para ofrecer a la comunidad una pauta de reflexión sobre los sucesos pasados. De esa manera, la comunidad ahondaba sobre dos cuestiones principales: reconocía el auxilio permanente con la que Dios protege a su pueblo, a la vez que empeñaba la vida en defenderse, con el auxilio divino, del envite de cualquier enemigo.

Vencida la opresión seléucida, los lectores ahondaron en el calado espiritual del libro. La violencia de Antíoco IV, oculta tras la furia de Nabucodonosor y Holofernes, había pasado, pero la comunidad continuaba sufriendo el acoso de la idolatría, la mayor amenaza contra la fe hebrea. No olvidemos que el Antiguo Testamento suele asociar la tiranía de las grandes potencias sobre la tierra israelita a la seducción idolátrica, que cercena la fe judía (cf. Is 10,5-19; 47). Muchos hebreos, deslumbrados por la parafernalia helenista, descuidaban su religión y asimilaban la moda griega hasta abandonar la fe para adherirse a las creencias helenas. De ese modo, la fidelidad de Judit instaba a la comunidad hebrea, acosada por la idolatría, a luchar para defender la integridad de la fe, a pesar de las insidias idolátricas, ocultas bajo el lienzo de la invasión asiria.

B) LA TRADUCCIÓN

El libro tuvo repercusión entre la comunidad hebrea de Palestina. El éxito determinó que los judíos jerosolimitanos lo tradujeran al griego para los judíos de la diáspora, a inicios de la etapa asmonea (135-104 a. C.).

El libro de Judit constituye el reflejo teológico de los acontecimientos que trenzaron la victoria judía sobre la tiranía seléucida. A nuestro entender, fue escrito en hebreo o arameo a finales de la etapa macabea (150-140 a. C.).

El término “diáspora” alude a las comunidades judías que viven en el extranjero, entre paganos. Como sabemos, los seléucidas adoptaron la lengua griega como vehículo de expresión. Así pues, los judíos tradujeron el libro al griego no solo para que pudieran leerlo los de la diáspora, sino para que también pudieran leerlo los paganos y así conocieran el alma judía y la grandeza del Dios de Israel.

Con la traducción griega, la figura de Judit aumentó su prestancia, a la vez que adquirió realce la personalidad de Ajior. El nombre “Judit” significa “la judía” y constituye la metáfora de la identidad de todo judío fiel: testigo fehaciente de la grandeza del Dios de Israel, el Dios liberador. Como señala el relato, Ajior era pagano, general amonita enrolado en las tropas de Holofernes (Jdt 5,5). Cuando Ajior vio que el Dios de Israel había salvado al pueblo hebreo por medio de Judit, creyó en él, se hizo

circuncidar y quedó inscrito para siempre en la casa de Israel (Jdt 14,10). De ese modo, y al decir del libro, la fidelidad de los judíos de la diáspora, oculta tras el velo de Judit, debe manifestarse de tal modo en su conducta ética que pueda propiciar la conversión de los paganos, representados por Ajior, a la comunidad del Dios de Israel.

Como es obvio, los judíos de la diáspora también sufrían la tenaza idolátrica, oculta, como hemos comentado, bajo la fiereza de las grandes potencias. El embeleso pagano constituía un peligro para los judíos de la diáspora. De ahí que, como hizo Judit, debían acrisolar la fe ante la amenaza helenística; por eso Judit constituía un buen ejemplo del judío fiel a Dios y a su pueblo, capaz de salvaguardar la fe en tierra pagana.

6. Género literario del libro de Judit

La textura del libro insinúa la naturaleza de un relato de cariz histórico, pero al ahondar en la cuestión apreciamos numerosas incoherencias. A pesar del empeño de la arqueología, sigue sin conocerse la localización de Betulia (Jdt 8,3-8). La historia no conoce ningún personaje llamado Arfaxad que reinara en Ecábata (Jdt 1,1), tampoco ningún Holofernes, general de Nabucodonosor (Jdt 2,4). Aunque el texto afirme que Nabucodonosor reinó sobre los asirios desde la ciudad de Nínive (Jdt 1,1), tanto los estudios históricos como la Escritura certifican que gobernó sobre los babilonios desde la capital de su imperio, Babilonia (605-562 a. C.) (cf. 2 Re 24,1). Si siguiéramos ahondando, apreciaríamos otras dificultades: la incertidumbre sobre la existencia de Betomes-tain (Jdt 4,6) o la desmesurada rapidez con que se desplaza el ejército asirio hacia el país de los judíos (Jdt 8,5).

A tenor de las apreciaciones anteriores, el horizonte del relato no pivota sobre la solvencia de informaciones históricas o lugares geográficos; sin duda, los judíos que leían el libro ya conocían la inexactitud de algunas de esas informaciones. Entonces, si el relato carece de fuste histórico, ¿a qué género literario pertenece?

El libro constituye un relato metafórico de cariz edificante que, entretejido con alusiones históricas y menciones geográficas, acrecienta la piedad, la identidad y la fe del pueblo judío. Por una parte, ensalza la entereza con que Dios concede la victoria a su pueblo ante el envite enemigo. Por otra, y a modo de correlato, subraya que los paganos, representados por Ajior, atentos a las proezas de Dios a favor de su pueblo, pueden encontrar el sentido de su vida adhiriéndose al Dios de Israel. Aun

así, conviene precisar otros tres aspectos teológicos del relato.

Primero. ¿Por qué el libro presenta errores históricos y geográficos? A nuestro entender, el autor insertó los errores de forma deliberada. El motivo político estriba en la necesidad del camuflar el contenido del relato. Si en vez de mencionar a Holofernes aludiera a Antíoco IV, suscitaría la fiereza selúcida contra el autor y los lectores, si es que el imperio recuperaba el control sobre Palestina.

El libro constituye un relato metafórico de cariz edificante que, entretejido con alusiones históricas y menciones geográficas, acrecienta la piedad, la identidad y la fe del pueblo judío.

No obstante, los errores deliberados apelan también a motivos teológicos. La lectura espiritual del libro insta a la comunidad a protegerse de la opresión idolátrica, entre otros temas. Como hemos señalado, bajo la mención de Nabucodonosor y Holofernes palpita la saña idolátrica de los paganos. Ahora bien, existen pasajes idolátricos caracterizados por el estilo confuso con que el autor los redactó (cf. Is 40,19-20; 44,9-20); así, el autor de los textos señala, incluso literariamente, la confusión que la idolatría provoca en quienes adoran fetiches.

Si analizamos el relato, observaremos que la primera parte (Jdt 1-7), dedicada a los preparativos asirios, presenta gran confusión histórica y geográfica, eco de la idolatría propia de la potencia despótica. Aunque la segunda parte presente menos confusiones (Jdt 8-16), también las evidencia, de ahí la imposibilidad de localizar Betulia. Los habitantes de Betulia tiemblan de miedo ante el invasor (cf. Jdt 8,9-19), y, como señala la Escritura, el miedo constituye la expresión psicológica de la desconfianza en Dios, es decir, la expresión de la idolatría (cf. Is 7,1-9). Así, la confusión deliberada del relato sugiere, por un lado, la entidad idolátrica del envite asirio y, por otro, enfatiza el miedo de los morado-

res de Betulia, eco de la desconfianza en Dios que embarga su alma ante el ataque asirio.

Segundo. Cuando el texto confronta la magnitud del ejército asirio con la reducida fuerza judía, sorprende al lector. El coraje de una sola persona, Judit, provoca la derrota de un ejército de ciento veinte mil infantes y una gran cantidad de caballos, con doce mil jinetes (Jdt 2,4). La desproporción evoca la naturaleza de los relatos apocalípticos, que tapizan la Escritura (cf. Ez 38–39). Entre otros temas, la apocalíptica subraya que Dios otorgará la victoria a Israel sobre todos sus enemigos al final de los tiempos. Así pues,

cuando el libro de Judit recalca la victoria judía sobre el vasto ejército asirio, también enfatiza la solvencia de Dios, que otorgará a su pueblo la victoria definitiva sobre las potencias del mal al final de los tiempos. De ese modo, el relato insufla esperanza en la asamblea judía, pues, a pesar de cualquier oprobio, Dios coronará a su pueblo con la corona de la gloria al final de la historia.

Tercero. Aunque viuda, Judit no es en absoluto modelo de debilidad. Su larga genealogía indica su raigambre social en Betulia (Jdt 8,1-3), su piedad refleja la entereza de la fe (Jdt 8,4-6), su riqueza encomia su



Judit y Holofernes, de Caravaggio (1599).

solvencia social (Jdt 8,7b-8), su belleza desvela su atractivo (Jdt 8,7a). La astucia de Judit con Holofernes evoca, sin duda, la pericia de David contra Goliat, la entereza de Yael contra Sísara o el coraje de Débora contra las tropas de Yabín (cf. 1 Sam 17,1-54; Jue 4,1-22).

Sin embargo, fijémonos en un detalle: una sola persona fiel al Señor, Judit, alienta la destrucción de los enemigos y encauza a la comunidad por la senda dispuesta por Dios (Jdt 15,8-16,20). El suceso recuerda un verso relevante de la tradición judía: “El Señor ha tomado la decisión de salvar a su pueblo, pero para eso no necesita un grupo numeroso, sino aquellas personas que busquen la santidad” (*Antigüedades Bíblicas* 27,14). La figura de Judit forja la imagen del judío fiel que busca la santidad, el hálito divino que conduce la historia hacia el horizonte de los cielos nuevos y la tierra nueva inscritos por Dios en el corazón de cada persona (Is 66,22; Jr 31,31-34; Ap 21,1-8).

7. Canonicidad

Los libros que integran la Sagrada Escritura conforman el canon. Aunque los judíos valoren el libro de Judit, no lo consideran canónico; entre otras razones, porque solo se ha transmitido en griego y no en

hebreo. Sin embargo, durante la Edad Media, algunos rabinos intuyeron relaciones entre la fiesta de Januká, memoria de la dedicación del templo de Jerusalén, y el libro de Judit (cf. Jdt 16,18-20); quizá los judíos leyeran el libro en la sinagoga durante la Januká.

La Iglesia, nacida en Oriente, influida por la práctica judía, tendió a desdenar la canonicidad del libro; sin embargo, el Concilio de Nicea (325) afirmó su canonicidad. La Iglesia occidental reconoció la canonicidad del libro; así lo afirman, por ejemplo, san Hilario de Poitiers (315-367) o san Agustín (354-430). Rabano Mauro (+ 856) escribió el primer comentario cristiano al libro de Judit. El libro forma parte del canon de la Iglesia católica, mientras que nuestros hermanos protestantes no lo consideran canónico.

La figura de Judit forja la imagen del judío fiel que busca la santidad, el hálito divino que conduce la historia hacia el horizonte de los cielos nuevos y la tierra nueva inscritos por Dios en el corazón de cada persona.

Conclusión

El libro de Judit ofrece una pauta de conducta a quien lo lee desde el horizonte de la fe. Recuerda que Dios protege siempre a su pueblo, sea cual sea la adversidad, hasta otorgarle la victoria definitiva al final de los tiempos. De ese modo, propone al creyente una vivencia intensa de la fe, que provoque en el tejido social la pregunta por la identidad de Dios, liberador de su pueblo y amigo del ser humano. ■